



VOL: AÑO 6, NUMERO 17

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1991

TEMA: CAMBIOS CULTURALES

TITULO: **El hombre público [\*] una interpretación de Latinoamérica y otros países católicos**

AUTOR: *Glen Caudill Dealy*

TRADUCTOR: Cristina Larios [\*\*]

SECCION: Notas y traducciones

## TEXTO

Lo que a continuación se presenta es la traducción de partes seleccionadas de un capítulo del libro *El Hombre Público*, en el cual el autor intenta dar una explicación causal y con ello proporcionar herramientas para poder comprender un estilo de vida propio de las países católicos que responde a una racionalidad diferente a la de los países protestantes. En este sentido Dealy cuestiona las interpretaciones anglosajonas que existen sobre la "irracionalidad" de las culturas de esos países, las cuales han dado lugar a la existencia de un gran número de prejuicios y concepciones erradas sobre las mismas, haciendo énfasis en cómo a partir de los diversos valores que están presentes en ellas, se practica una racionalidad totalmente diferente a la de las culturas capitalistas-protestantes.

Así, siguiendo la tradición iniciada por Max Weber en *La Etica Protestante y El Espíritu Capitalista*, Dealy analiza la ética del Catolicismo y señala que en los países en donde ésta se practica, las motivaciones básicas de los individuos están estrechamente ligadas a la vida pública, exterior, mientras que en los individuos en donde el Protestantismo está presente, los individuos las vinculan a su mundo privado interior.

En el trabajo, se encuentra presente la relación que el autor hace entre católico, latino y caudillo (hombre público) por un lado y protestante, anglosajón y capitalista por el otro. Para ello se analizan cinco valores o virtudes públicas presentes en las sociedades católicas (caudillistas): ocio, fastuosidad, generosidad, dignidad y hombría, diferentes a los que motivan al anglosajón: laboriosidad, humildad, ahorro y honestidad. Al ir profundizando en ellos, el autor nos guía a la conclusión del por qué los primeros buscan la acumulación de poder -aún cuando no necesariamente sea político, pero sí que sea reconocido públicamente- y los segundos la acumulación de la riqueza.

*El Hombre Público* está dividido en tres capítulos y, aún cuando no es voluminoso, está documentado en una forma exhaustiva, -solamente el capítulo traducido contiene 153 citas bibliográficas- y abarca países, tan a primera vista disímolos, como Colombia, Austria, México, Francia, Polonia, Brasil, Italia, etc., pero que los une una religión, la Católica.

## EL ETHOS CATOLICO

Trataré de demostrar como al llegar a ser hombre público, éste necesariamente se ve involucrado en el uso de ciertos patrones de conducta explícitos, definidos y predictibles.

Se mostrará que dado el objetivo del poder público estos patrones o significados son totalmente racionales. Finalmente, me interesa establecer la naturaleza de estos patrones de conducta y en este sentido necesariamente se tratará de la de los valores que los sustentan.

Como anteriormente señalé, en la cultura caudillista todos se esfuerzan en ser como el hombre público. Esto es, se procura en la cotidianeidad, poner en práctica aquellas virtudes que históricamente son asociadas con el liderazgo. Es a través de la práctica de estas virtudes que el poder público es obtenido. Una vez que los valores prioritarios han sido aceptados en una sociedad, las recompensas por los méritos se obtienen en ese marco establecido. Uno puede observar que el poder público tiende a ser construido sobre la posición y exhibición de esas virtudes. Sin embargo, como se demostrará, no necesariamente tiene que ser siempre así.

Dado el objetivo orientador del poder público, ¿qué clase de conducta se podría predecir dentro de la sociedad caudillista? ¿Cómo pueden los hombres actuar racionalmente para construir su autovaloración dentro de una cultura que valora la posesión de poder? Mi tesis, sucintamente formulada, es que en aquellos países que están imbuidos en un espíritu caudillista, se encuentra un ethos el cual concede diferencia individual y respeto basándose en la toma y posesión del poder público; y la forma aceptada para tomar el poder reside en la habilidad de convocar gente por medio de un código de pública excelencia. Lo que me interesa tomar en cuenta es la difusión de los valores del caudillismo, esparcidas en todas las clases sociales; por ejemplo, la función central de acumular amigos y el código ético de conducta que lo acompaña.

La conducta del hombre público es modelada alrededor de una "colección" de virtudes, las cuales son exaltadas al máximo. De esta manera aún cuando no todos pueden tener o mantenerse en el poder, sí pueden tratar de poner en práctica aquellas virtudes asociadas con ese hombre. Así, una mirada a las sociedades caudillistas muestra que las virtudes del caudillo están empleadas en general por toda la sociedad: dignidad, generosidad, hombría, fastuosidad y ocio. Estas virtudes son las que se utilizan para procurar el acercamiento de personas en torno a alguien, seguidores, en el caso del caudillo. En suma, las relaciones de caudillaje están permeadas con virtudes que se ostentan públicamente.

En cualquier país caudillista, se encuentra la exaltación de la imagen pública como valor de perfección. Por ejemplo, en el hogar, la más privada de las instituciones, debe tener su "frente" público: mientras que las salas son amuebladas, en ocasiones lujosamente, otras habitaciones más "privadas": baños, cocina, recámaras, pueden estar en condiciones de descuido. Actualmente no es extraño encontrar en las salas de la clase media baja, un nuevo refrigerador u otro aparato exhibiéndose orgullosamente como muestra de sus logros. En contraste, la tradición capitalista protestante es más uniforme; lo público y lo privado están más integrados, el lado público de las personas tiende a reflejar tanto las debilidades como las grandezas del lado privado.

Revisemos algunas de las virtudes públicas que cohesionan. Veamos el ocio. Para un ciudadano de un país de ética Protestante, probablemente le sea difícil pensar en el ocio como una virtud, porque toda su vida ha oído hablar de la actividad como virtud. Ya Lutero dijo: "Jamás en esta vida se puede ser ocioso". El ocio es considerado como la ausencia de trabajo, y si se tiene cerca de cincuenta años, seguramente se sabe que "las manos del ocio son la marcas del diablo". [1] De este modo se le da al ocio una connotación negativa. En general en las sociedades capitalistas industrializadas, el ocio es visto desfavorablemente porque no es útil, no produce nada. De aquí que el individuo de ética Protestante se esfuerce en programar actividades para sus vacaciones, retiro o su año

sabático. Fue Benjamín Franklin quien definió el ocio como un "tiempo para hacer algo útil". [2]

En contraste, los individuos de sociedades caudillistas, activa y racionalmente utilizan el ocio para avanzar en su meta de poder. Mientras que en las sociedades protestantes se utiliza el tiempo libre en producir bienes, en las otras sociedades se utiliza este tiempo en "coleccionar" personas para su causa. En el uso del ocio, se muestra un marcado grado de racionalidad; por ejemplo, para que el ocio sea útil debe ser observado por otros. El hombre-público obviamente es una persona que no podrá ser molestado por pequeñeces como el horario. Por eso, como los reyes de la antigüedad, él llega cuando llega. Solo cuando un hombre-público hace su entrada triunfal es cuando los eventos pueden empezar.

El aspecto aparentemente despreocupado de la vida del hombre-público es engañoso. Frecuentemente sus asuntos privados languidecen por dar prioridad a sus intereses públicos (esto es, al juego del poder), con una persistencia y agresividad que envidiaría un vendedor norteamericano. Por supuesto, las reglas son diferentes, pero la cantidad de tiempo y energía que estos hombres dedican a su imagen pública es realmente enorme.

El ethos del protestantismo proclamó una importancia al tiempo, rayando en lo sagrado. Para el protestante, como Max Weber señaló, "perder el tiempo en reuniones sociales, pláticas ociosas, en excesos de todo tipo, amerita la condena moral absoluta". [3] Benjamín Franklin, vocero de este ethos, insistió: "tiempo es oro" y además el tiempo debe ser ahorrado, utilizado y gastado sabiamente. Ahora bien, el caudillo sabe que "el tiempo trae consigo todas las cosas y puede producir indistintamente tanto bondad como maldad". [4] El intuye que el tiempo es importante en la medida que el poder puede ser adquirido o perdido a través de su utilización. Así que su comportamiento es totalmente racional cuando, por ejemplo, pasa horas en el café platicando con sus amigos; esto es la fuente de su poder, el sine qua non de su existencia. Si no emplea el tiempo de esta manera, de hecho pronto podría tener menos amigos. Además, sabe que abandonar precipitadamente un café por tener una cita, podría evidenciar frente a todos, que él no puede dejar a alguien más esperando, lo cual demerita su importancia, ya que si tuviera poder y posición la otra persona podría esperar su llegada: el que tiene menos poder es el que espera. También se corre el riesgo de ofender a aquellos con los que se encuentra, si expresa su interés en dejarlos, demostrando, además, poca estima por ellos. Tomando en cuenta estas consideraciones el consabido refrán español "salud, amor, pesetas y tiempo para gozarlas", adquiere un significado adicional: como proverbio no sólo expresa un deseo preferente, sino que refleja otra manera racional de ver el mundo. En las sociedades caudillistas, a diferencia de las capitalista, hay una actitud tendiente a valorar el aquí y ahora. "Tiempo para gozar", refuerza el ethos del hombre-público de cultura caudillista, de la misma manera que "tiempo es dinero" es la base del ethos del individuo en el capitalismo.

Existe otra parte en este estudiado desdén del tiempo: la premisa de que un hombre importante, con poder, presumiblemente debería tener muchos asuntos muy importantes que atender, lo cual le impide regirse por un horario. Así, se considera normal que, si se le invita a una cena llegue treinta o sesenta minutos después de la hora citada. Una actitud similar cotidiana es expresada a nivel nacional por los líderes políticos, cualquiera que sea su tendencia. Ejemplificando con extremos: J. Domingo Perón y Fidel Castro, entre otros, han practicado, cada uno en su momento, el arte del retraso interminable antes de aparecer dando discursos frente a las multitudes, pareciera que con ello aumenta el entusiasmo de sus auditorios. En síntesis, las funciones político sociales y los asuntos privados en las culturas católicas, invariablemente comienzan tarde para permitir las demostraciones personales del ser importante. Pero se debe tomar en cuenta que el

concepto "tarde" puede ser aplicado por alguien que esté afuera de este ethos. La cultura está enraizada en expectativas compartidas. Es el extranjero que llega "a tiempo" quien actúa irracionalmente y sin tacto, violentando la armonía de un ethos que funciona consistentemente. El ocio en las sociedades caudillistas provee un referente positivo para la actividad pública como el trabajo lo es en las sociedades capitalistas. Este enunciado está ampliamente sustentado. Lawrence Suhm escribe: "no sería una exageración decir que el ocio y las ocupaciones derivadas de éste son tan importantes para los latinoamericanos como el trabajo y las ocupaciones laborales lo son a los norteamericanos". William Stocks abarca un área cultural más grande al establecer que "la cultura hispánica ha estado caracterizada por mucho tiempo por la creencia que "el ocio ennoblecía y el trabajo, especialmente el técnico, degradaba". Refiriéndose a lo que desvaloriza al trabajo, un estudio de Polland establece: "Sus hijos han cultivado la tierra y sus mentes por siglos, pero al mismo tiempo, obstinadamente, consideran al trabajo realizado por dinero como algo bajo, degradante. Se han nutrido de la herencia aristocrática que desprecia las actividades mercantiles y manufactureras por no decir las mecánicas. Han juntado grandes fortunas, pero las derrochan. El dinero como un medio, muy raramente como un fin: el trabajo como un recurso semidesagradable, nunca como un premio". [5]

Las diferencias entre ambas perspectivas han sido lúcidamente resaltadas por los misioneros protestantes que han recorrido Latinoamérica. Emilio Willems comenta que "la mayoría de los convertidos encontraron extrañeza que la ociosidad, los métodos irregulares e indisciplinados y la holgazanería deberían de ser atacados como pecados". [6]

Otro ejemplo en donde se puede percibir las diferencias, es comparando la vida en una hacienda en sociedades caudillistas con la de una capitalista. En primer lugar la actividad es normalmente organizada no tanto para maximizar la producción sino para mantener y perpetuar la propiedad. El dueño visita su hacienda para disfrutarla y difícilmente forma parte de su plan el exprimirle hasta el último peso. En el relato de Jorge Icaza, "Huasipungo", Don Alfonso tipifica claramente esta actitud: creía inaudito que el amo se levantara a medianoche para salvar las cosechas de las vacas que habían entrado a los sembradíos. [7] Samuel Shapiro escribe:

Aún los latinoamericanos educados parecen carecer de una urgencia e iniciativa para construir una civilización industrializada. Aunque las haciendas son mal administradas e improductivas, proveen a sus dueños una forma de vida confortable, con pocos problemas, mucho ocio y una abundante y barata servidumbre. Se obtiene de ella algunos ingresos en efectivo los cuales probablemente se inviertan en la ciudad -o en Wall Street o Suiza- y definitivamente no se está interesado en convertirse en rival de algún millonario norteamericano. Cuando líderes de la industria americana, como Rockefeller, Carnegie y Ford hacen dinero, lo reinvierten con la mira de incrementarlo, dando lugar a un proceso de producción masiva, economía de escala y grandes industrias. Para los sudamericanos, por otra parte, los negocios no tienen un fin en sí mismos, sino solo un medio de tener más dinero para disfrutar la vida...

Como consecuencia de esta actitud psicológica y de la recurrente inestabilidad política que hacen imposible planear para el futuro, muy pocos hombres de negocios en Chile o Argentina se conducen como uno de los líderes de la industria americana del siglo pasado o como un moderno ejecutivo de alguna corporación. El ideal es acumular una fortuna, de preferencia en una hacienda o en bienes raíces en la ciudad que puedan ser atendidas por un administrador, y que dejen lo suficiente para llevar una vida confortable. El objetivo de la vida es el disfrutar inteligentemente el ocio.

Otro autor, discutiendo la historia del Brasil, escribió:

Cuando el optimismo y la confianza de las primeras horas de independencia terminaron; cuando el brasileño aun estaba fascinado y adormecido por la grandeza, el poder, la riqueza... sofocó su sentimiento de incapacidad con un catálogo interminable de sus riquezas -las cuales realmente no llegaron a ser tan grandes como en un principio imaginó- y como resultado de sus propias tendencias naturales ha llegado a apartarse de la realidad. En esto descansa el arraigo del exaltado nacionalismo Brasileño: opulencia, no metas que alcanzar; honores y no cualidades económicas o espirituales.

No fue reconocido que el gran pecado era la pobreza, la cual podría haberse superado con trabajo y ahorro. El trabajo era despreciado; fue reservado exclusivamente para los esclavos. El descuido fue el equivalente del ahorro, con el resultado de que el capital requerido para poseer y disfrutar de las riquezas, tan vociferadas en los discursos, nunca fue acumulado. [8]

Estas actitudes tanto en el pasado como en el presente, son formas totalmente racionales desde el punto de vista del hombre público. El caudillo, sin duda con la imagen de Cicero en su cabeza, actúa como un hombre de consecuencias. Como el hombre público de Grecia y Roma, su existencia está soportada por aquellos que pertenecen a la clase socioeconómica más baja. Si se esforzara en maximizar sus ganancias, de hecho rebajaría su status de "patrón" porque demostraría que, como los campesinos, tiene que cuidar, ahorrar y finalmente trabajar para prevenirse para el futuro. En la medida en que, a fin de cuentas, esto le es necesario, consigue un administrador, y la tarea principal de éste es proveer un amortiguamiento entre el trabajo y el ocio, entre el hombre público y los inferiores. Es esta posición intermediaria la que permite al patrón jugar ambos papeles: directamente como benefactor de los campesinos -como hombre público es por definición caritativo- y simultáneamente su explotador, utilizando para ello al administrador.

Las Granjas Capitalistas no ofrecen amortiguadores entre la explotación y la caridad. Tradicionalmente los dueños trabajan con ayuda alquilada y ambos están deshumanizados por el grado de maquinización alcanzada. Sin duda esto resulta porque la maquinaria acentúa lo que siempre ha sido inherente al esfuerzo capitalista: la ecuación entre tiempo y dinero, por un lado, y competencia entre el dueño y los trabajadores por el otro. Ya sea que se realice en un sembradío o se base en la tesis marxista de la burguesía y en su antítesis el proletariado, la conclusión es la misma: en ambos el trabajo es necesario y bueno porque va ligado a la producción.

Las sociedades caudillistas no glorifican la producción per se. Consecuentemente, los valores de los que depende la producción no son viables al interior de esas culturas, como no fueron relevantes en la vida de las Antiguas Grecia y Roma. La imagen del hombre público demanda tiempo libre para la realización cabal de sus tareas. Las frases que soportan una forma de vida orientada al ocio abundan en la sociedad caudillista. Ninguna demuestra mejor esto, que el estribillo Brasileño: "o ocio vale mais do que lo negocio" (el ocio vale más que el negocio). Las implicaciones en la forma de comportamiento y en la economía de las sociedades orientadas al ocio, pueden ser imaginadas tomando en cuenta las palabras de Robert Theobald: "si un individuo prefiere el ocio que el trabajo, es perfectamente racional que él haga el menor trabajo posible. En esta situación cualquier esfuerzo para remediar la carencia de trabajadores a través de aumentar el sueldo -un acto racional en los países ricos- podría agravar el problema bajo estas circunstancias". [9] Mi interés en esto consiste en enfatizar que una actitud positiva hacia el ocio por definición hace que se sobredimensione al trabajo como una actitud no racional, y la cultura caudillista ha sido totalmente racional, dado los objetivos del hombre público, en conjurar el valor del trabajo. Esta actitud sobre ambos, ocio-trabajo, no es una actitud

aislada, que sólo se presenta en algunos individuos sino que evidentemente forma parte de los valores de toda una cultura.

"Ariel", una de las obras más leídas de la literatura latinoamericana al definir al ocio ilustra el ideal: "Pensar, soñar, admirar, estos son los visitantes que frecuentan mi celda. Los antiguos los enfilaban bajo la palabra "otium", el ocio bien empleado, el cual juzgaban, era la mejor expresión del ser realmente racional; libertad de pensamiento emancipado de toda innoble cadena.

De tal manera, que el ocio significaba un uso del tiempo al que ellos se oponían se dedicara meramente a actividades económicas, como expresión de una vida superior. Su concepto de dignidad estuvo estrechamente unido a esta sublime concepción del ocio". [10]

Como es sabido no fueron Canadá ni Estados Unidos sino Uruguay, la primera nación de este hemisferio en donde se estableció el límite al trabajo por día y a la semana: ocho y cuarenta y ocho horas respectivamente. Curiosamente este movimiento para limitar las horas de trabajo en la cultura caudillista, no parece haberse desarrollado a través de la presión de la clase trabajadora, como ocurre en las sociedades capitalista, sino al parecer, fueron los intelectuales quienes retomaron el tema bajo la consigna de que todo trabajo era un mal que debía abolirse tanto como fuese posible. Por ejemplo uno de los que influyeron en el establecimiento de los límites del trabajo en Uruguay, Domingo Arena, Senador durante la Presidencia de Batlle, escribió: "Aquel que trabaja, esta siempre encadenado, cualquiera que sea la naturaleza de su trabajo". [11] La labor de un empleado de ventas puede ser tan onerosa como la de un trabajador del acero, vista desde la perspectiva del hombre-público. El comentario de Arena suena un tanto marxista. Que la teoría marxista haya encontrado una recepción tan favorable en todos los países caudillistas, se debe, creo, en buena medida, a la fuerte condena sobre la explotación de la clase trabajadora. Naturalmente, para una cultura que mira limitada la utilidad del trabajo, tal teoría es "prima face" buena. En su fundamento, sin embargo, los valores del caudillismo están más orientados hacia la eliminación del trabajo que a la abolición de la explotación. Como Castro ha encontrado, muy a su pesar, los cubanos tienden a definir todo trabajo como explotación, como imposición, como algo que tiene que ser abolido.

Las actitudes morales del caudillo están teñidas de utilitarismo. Virtudes públicas tales como ostentación generosidad y valentía son útiles porque ayudan a aglutinar seguidores y esto es lo que las hace ser virtudes. Uno también puede ver que esto aparece en el tema del ocio-trabajo. La postura de las sociedades caudillistas en relación al trabajo físico, ejemplifica un aspecto de este altamente consistente y pragmático sistema de valores. Un hombre-público podría pelear batallas, administrar estados dirigir un gobierno, pero seguramente no se rebajará a realizar trabajo físico. En "Main Street Italy", Levine hace notar que "sobre todo cuando un hombre es doctor -un dottore- debe comportarse de una manera especial fuera de su casa, aún cuando no sea capaz de ganar para vivir. Hay gente que piensa que una persona con grados universitarios no debería ir al mercado a comprar un kilo de tomates; especialmente en el sur, un hombre educado raramente llevará cargando un paquete a su casa". [12] Lowry Nelson escribió sobre Cuba: "Los esposos cubanos de clase alta, asumen muy poco las responsabilidades domésticas, las cuales son casi universalmente aceptadas por sus contrapartes en los Estados Unidos. Por ejemplo, jamás supone que él deba arreglar la tapa del agua rota, o reparar los encendedores de luz, cuidar del jardín, podar el pasto y por supuesto no lava su propio automóvil. Estos son las labores del chofer y el jardinero y del muchacho pobre que anda buscando cómo ganarse unos centavos. Son labores reservados para la clase baja". [13] Pero cualidades similares caracterizan a las clases bajas en sus acciones que orientan su mundo. Por ejemplo, el dueño de un restaurante de España comenta: un hombre "no

cogerá la escoba, o ayudará a su mujer a lavar. ¡Nunca! Hemos tenido problemas con nuestro mozo para que limpie el piso cuando está mojado; si lo hace, y alguien lo ve con el trapeador en la mano, se reirían de él por parecer mujer y quedaría marcado en su vida social para siempre. Así que cada vez que está limpiando y alguien pasa, él esconde el trapeador". [14] Richard Adams en su ensayo, "Rural Labor", sintetiza las investigaciones sobre actitudes en torno al trabajo físico en algunas sociedades rurales caudillistas: "Realmente es poco evidente que el trabajador rural (sea independiente o se alquile) se consagre abiertamente al trabajo. En estudios sobre Puerto Rico, México, Colombia, Perú, Paraguay y Brasil, la historia es la misma, difieren sólo en el énfasis. La actitud más positiva reportada es la del trabajador de Canamelar: él trabajará duramente pero no de tal manera que interfiera sus obligaciones sociales. La actitud más extrema es la reportada en Aritama un pueblo de Colombia, en donde el trabajo es abiertamente despreciado y aún los beneficios que trae consigo son mirados como un insulto". [15] Tal conducta no tiene nada que ver con la holganza o la inercia sino más bien con una determinada fórmula de medios/fines. Aquel que trabaja con sus manos, rara vez es invitado a asociarse con el que no lo hace. Podar el pasto de su propio jardín, servirse en su propia mesa, lavar su propio carro, pueden ser mirados con desdén por los vecinos de clase media; podrían producir benevolencia paternal pero nunca respeto. La parsimonia en estos asuntos pueden no tener recompensa en una sociedad que admira al hombre-público. Y aquellos de la clase más baja que deben servir las mesas, lavar los coches y podar su jardín para vivir, pueden ayudarse a recuperar una forma de autorrespeto haciendo que otra gente lustre sus zapatos, invitándole una bebida a algún amigo, proporcionando a algún pueblerino hospedaje, u ocultando su ocupación llevando una corbata al trabajo.

Sin embargo, otras actividades no consideradas como trabajo físico, no llevan una especial connotación negativa en la cultura caudillista. De Italia son las famosas palabras de un padre moribundo a sus hijos: "hijos míos, todos deben tratar de tener una ocupación en la vida. La vida sin una ocupación es contemplativa y sin significado. pero siempre recuerden esto: nunca deben permitir que su ocupación degeneren en un trabajo". [16] Esto es, así como la ocupación de uno debe de ser útil, el ocio lo es para los capitalista. Pero la utilidad está en este caso vinculada a una meta de poder público. Maquiavelo, el más famoso exponente de esta posición, propuso el tema a sus superiores: "Un príncipe sabio nunca debería... mantenerse ocioso en épocas de paz, sino hacer el mayor buen uso de ellas, y así cuando la fortuna cambie, podrá encontrarlo preparado a resistir sus embates". [17] Traduciendo a los términos sociales caudillistas, esto significa que la actividad debe ser dirigida pero no necesariamente orientada hacia la productividad económica.

Otra virtud pública es la fastuosidad. La fastuosidad más que ninguna otra cosa establece lo que, un escritor católico irlandés, Ulick O'Connor, ha llamado "la aristocracia de una personalidad". [18] Usado en sentido amplio, estamos hablando de una imagen de excelencia individual recubierta con esplendor, la cual puede ser exhibida públicamente. Por ejemplo, un autor afirma que "solo en Viena puede uno levantarse de su asiento en el teatro, cuidadosamente ajustar sus binoculares, y deliberadamente escudriñar en todo el auditorio como si se buscara a un amigo o a un enemigo. No importa en donde esté localizado su asiento, puedes disfrutarlo enormemente. Naturalmente el placer, derivado de tal ocasión, es directamente proporcional a la calidad de tu compostura". [19] La perspectiva de este autor yerra, al creer que este tipo de conducta exhibida sólo existe en Austria. Esta conducta también es característica de otros países católicos. La apariencia de nobleza, tiende a ser recubierta en acciones útiles para la adquisición del poder.

Machado de Assis, Brasileño, retrata minuciosamente numerosas facetas para el cuidado y enriquecimiento de la apariencia fastuosa en su breve cuento "Educación de una

Camisa Tejida". La publicidad, dice, es una imperiosa y demandante querida que debes cortejar con una multitud de pequeños dijes, confites, cojines para su espalda, detalles, atenciones que prueben la constancia de tu afecto y no tanto la osadía y ambición de tu deseo". [20] En seguida Machado detalla varios actos que uno puede ejecutar para perfeccionar esa humillada y sugerente publicidad. Lo importante es darse a conocer frente al mundo. Para completar este paso, uno necesita tener fotos disponibles para repartir -tomadas por amigos- reporteros, y un don para la oratoria. ¡Esta es una combinación a toda prueba!

La fastuosidad es lo que más notablemente se despliega a través de la habilidad para la oratoria: una forma de arte que atraviesa la Cultura caudillista, la cual no tiene nada que ver con la expresión científica o empírica de la realidad, sino con el convencer a otros que la posición correcta es la de uno. Un gran número de hombres que han arribado al poder en la política moderna de estas sociedades, han tenido una enorme habilidad para hablar. Uno de los ejemplos que en la Argentina ilustran esto, es el líder gaucho Juan Manuel Rosas quien ha sido caracterizado como "un vehemente y apasionado orador"; [21] o el ecuatoriano José Ma. Velasco Ibarra, famoso por su arrogancia:

"Dénme un balcón y el pueblo será mío", lo cual ha sido confirmado con su retorno a la presidencia en cinco ocasiones; o Benito Mussolini, el dictador italiano quien ha sido descrito como "uno de los mejores y más activos oradores en Italia", [22] lo cual no resulta sorpresivo en la política caudillista de "derecha" de esa época. La misma opinión se ha tenido de un dictador de "izquierda", en la política caudillista contemporánea, quien incluso en sus días de estudiante universitario, "los alumnos veían con un poco de reverencia y temor a Fidel, su destacada habilidad para la oratoria, usualmente le daba un gran resultado con sus compañeros". La habilidad en la oratoria allana el camino al poder. En la novela "Los de abajo", de Mariano Azuela, los lectores encuentran un ejemplo de los fundamentos de las relaciones líder-seguidores, basadas en esta habilidad; en un episodio, dos de los personajes, el barbero y el doctor, se encuentran escuchando a Venancio quien narra algunos pasajes de una novela, después de lo cual Luis Cervantes, el doctor, le dice:

-¡Admirable!, ¡tienes un enorme talento!

-"No soy malo", responde convencido Venancio, "pero mis padres murieron y no fue posible estudiar una carrera".

-"Eso no es obstáculo, con dos o tres semanas de asistir al hospital y una buena recomendación de nuestro jefe Macías, tu serás un doctor, tienes tal aptitud, que te será tan fácil como un juego de niños".

Después de esa noche, Venancio, a diferencia de los demás, le dejó de llamar "curro", era "Luisito" por aquí, "Luisito" por allá. [23]

La elocución, en las sociedades caudillistas, constituye el medio para sobresalir; es más importante aún, que la riqueza. "En España", escribe Michener, "las palabras son una especie de monedas que deben ser gastada libremente". Difícilmente alguien se alarmaría viendo esta habilidad tan extensamente desplegada.

Una digregación personal ilustra el valor de la forma de hablar sobre el contenido. Hace algunos años, daba clases en Latinoamérica a nivel de posgrado. Mi primera clase fue memorable. Después de dar a conocer el temario al grupo, decidí investigar su nivel de conocimientos, haciéndoles algunas preguntas. La primera: ¿cómo se entiende el concepto de facción usado por Simón Bolívar?. No había pasado un instante antes que un

joven que reconocí, levantara la mano, se puso de pie, aclaró su garganta, cuadró sus hombros, se abrochó el saco y empezó un discurso de veinticinco minutos sobre las glorias de Bolívar: la profundidad de su pensamiento, los valores por los cuales tan gloriosamente había luchado. etc. etc. Era muy obvio, por lo menos para mí, que no tenía idea de los escritos, discursos o ideas política de Bolívar, sin embargo sabía lo que era una facción, quien era Bolívar, los criollos y de la guerra con España. Así que juntó todo e hizo un apasionado y conmovedor llamado a retomar los ideales del Libertador, para terminar in crescendo con un exhorto a liberar a su patria de los demagogos que la estaban llevando a la ruina. Los estudiantes aplaudieron rabiosamente cuando acabó. La ostentación triunfó de nuevo sobre los hechos.

En Sicilia, un doctor jubilado recordaba una anécdota, sobre una "fiesta", en la cual se destaca la importancia de la forma más que el contenido. Sólo los lectores de las culturas capitalistas tendrán dudas sobre la veracidad de este relato:

Tenemos una buena anécdota sobre un diputado poniéndose de acuerdo con un predicador para su siguiente sermón. El diputado había encontrado a uno con barba negra bien arreglada y ojos brillantes. Se encontraban discutiendo los términos.

"Podría decirme Padre", decía el diputado "¿cuáles son sus honorarios para su siguiente sermón?".

"Bueno, hijo mío", contesta el sacerdote,

"tengo un muy buen sermón, que todos entenderían a 20,000 liras".

"¿No tiene alguno mejor que ese Padre?".

"Bueno, hay uno a 50,000 liras, que podría entender la gente educada".

"¿Y algo todavía mejor Padre?".

"Por supuesto que sí. Hay uno que cuesta 75,000 que sólo el cura, el alcalde, los diputados y yo entenderíamos".

"¿Y algo que lo supere Padre?".

"Bueno, por 100,000 liras podría predicar uno que sólo el cura y yo entenderíamos".

"Este año tenemos dinero de sobra, Padre, ¿le queda algún otro"?

"Hay uno, hijo mío, por 150,000 liras digo un sermón del cual ni yo mismo entiendo una sola palabra".

"Entonces", dijo el diputado, "me quedo con éste". [24]

Uno debe tener en mente que la ostentación le es útil al hombre público, mientras que los hechos pocas veces lo son. En asuntos judiciales, por ejemplo, las decisiones tienden a reflejar la habilidad que se tiene para la oratoria más que en el caso de las sociedades capitalistas. Ejemplo de esto son los testigos, quienes frecuentemente ven a la corte como "algo entre un escenario y una arena", en donde se llega "preparado a dar la batalla con todas las armas disponibles, aun una tan insidiosa como la verdad".

Cuando uno habla de ostentación como virtud, implica que la sociedad recompensará una variedad de habilidades públicas. De hecho, la ostentación puede referirse a cualquier forma de excelencia que pueda ser públicamente desplegada. Stendhal en "La Abadesa de Castro", una historia sobre la Italia del siglo XVI, descubrió esta actitud: "En Italia, un hombre se distinguía por sus méritos, ya sea por batirse a duelo o por el descubrimiento de manuscritos antiguos, como Petrarca quien fue el ídolo de su tiempo; o el caso de una mujer, de esa época, que amaba a un hombre educado como los antiguos griegos, tanto como hubiese amado a un hombre por su valor guerrero". [25] Lo que Stendhal quiso decir es que la excelencia cuando es exhibida públicamente es ensalzada.

Ciertamente, la fastuosidad como virtud requiere más que un conocimiento del griego o de la aptitud para llegar a ser un gran escritor; un escritor puede distribuir públicamente libros a sus amigos y dedicarlos a personas con poder (como lo hizo Maquiavelo y se sigue haciendo aún hoy en la cultura caudillista); mientras el hábito de la oratoria permite una exhibición del conocimiento de las frases griegas (aún en los cafés). Tal actividad, nos da una dimensión completamente diferente de la enseñanza formal a la que está asociada con el conocimiento en los países protestantes. No es la "verdad", per se, la que valora el caudillo sino la manera en que la información es presentada y transmitida lo que va a establecer su veracidad. Fidel Castro, por ejemplo, puede cautivar a un auditorio de decenas de miles hasta por seis horas seguidas. Así, la mayoría de la personas parecen tener solamente una idea vaga de su razonamiento y su sutileza. Un periodista italiano al referirse a este fenómeno escribió: "Llámalo ausencia de principios si quieres, pero no es parte del ambiente. Es una característica del italiano. Los italianos no son educados para una búsqueda consciente de los hechos. Mussolini con su bluff contribuyó también a esto. La educación católica enfatiza la confianza en el futuro sin que sea necesario perseguir los hechos. La Iglesia Católica predica que las cosas que son evidentes no deberían de decirse. Esto conviene a los partidos que no dan información cuando así conviene a sus propios propósitos. De hecho, incluso nuestro idioma se presta a la sustitución de opiniones por hechos". [26] Esto aclara una de las razones por las cuales el hombre público prefiere desarrollar en las universidades las humanidades sobre las ciencias aplicadas. En primer lugar, el tiene la oportunidad de exhibir sus virtudes mientras permanece en la universidad y al mismo tiempo se va preparando para una vida dedicada a la actividad pública. La Ingeniería, agricultura, la física y demás no ofrecen oportunidades para desarrollarse en ese ámbito, [27] como no las tienen los estudiantes de sociología, ciencia política y antropología de las típicas universidades de ética protestante. Aquéllas ciencias han sido tradicionalmente evitadas en las universidades caudillistas. En contraste, la importancia de la arquitectura en los planes de estudio, reafirma esto: todos los países del mundo caudillista, están adornados con enormes catedrales y magníficos edificios públicos. Así ha sido desde la Edad Media y el Renacimiento, hasta el espléndido y osado diseño de la moderna Brasilia. Uno puede ver en el desarrollado estudio de la arquitectura dentro de estas sociedades y en la alta matrícula de estudiantes en este campo, la confirmación de mi tesis: la arquitectura es una profesión totalmente pública por excelencia. Cualquier trabajo, aún, el más insignificante, se convierte en monumento público para su diseñador. Pero los plomeros, electricistas, albañiles, pintores, y en general los que realizan la "obra negra", la que no se exhibe, no son valorados. Lo que cuenta no es tanto un trabajo "bien hecho" sino uno "bien visto".

Como los estudiantes, los profesores persiguen una vida universitaria porque les ofrece la oportunidad de desarrollarse públicamente. El prestigio y respeto son sus metas. Sin embargo aunque el salario universitario es usualmente insignificante e incierto, el caudillo codicia ser maestro porque le puede ser útil en su camino al poder público. "Con su nombre, título, contactos, el status de servidor público y su puesto asegurado de por vida, frecuentemente es tentado a usar su puesto como sólo un escalón más en su largo

camino al poder; una vez que el "catedrático", no tiene que preocuparse en enseñar y mucho menos en investigar. Ayudado y sostenido por su puesto universitario es libre de buscar, por lo menos, una profesión exitosa que una carrera política". [28]

La ostentación "filosófica" basa su utilidad en la proclamación de comentarios autorizados sobre una gran variedad de temas. Por supuesto un hombre público no puede errar sobre ningún tema. Su sabiduría es absoluta. Además está, casi inevitablemente, en torno a una forma de discurso cuyo contenido tiene un margen de ambigüedad. ¿Qué temas podrían estar más acordes para este propósito que aquellos que pertenecen a las Leyes, la filosofía, literatura, las ciencias políticas y la religión?. Ciertamente uno ve a la gente discutiendo sobre estos temas, en términos absolutistas.

Tampoco se le permiten dudas al hombre público. Por ejemplo, un maestro de escuela quejándose de la dificultad de temas como la existencia de Dios y el significado de la felicidad: "preguntas embarazosas que no pueden ser explicadas en pocas palabras, pero tengo que satisfacer las demandas de los estudiantes, aún si cometo un error al hacerlo, sería vergonzoso decir que no se" el caso típico del cura quien recapitula sus respuestas inadecuadas a las preguntas de los lugareños: "y tengo que contestar a todas esas preguntas y algunas veces me encuentro en un atolladero, pero sin no contesto mi imagen se demeritaría; bien o mal tengo que responderlas". [30] Todas estas respuestas explícita y comúnmente equivocadas se han vuelto parte del paisaje de la cultura caudillista. La ostentación del hombre público ya sea dando direcciones de un lugar del que nunca ha oído hablar o discutiendo eventos internacionales de los cuales está muy desinformado, depende de que el provea información definida e incontrovertida. Por supuesto, que los habitantes de las sociedades caudillistas saben que mucho de lo que es dicho contiene errores, exageraciones y ficción. Sin embargo, raramente se enfrentan directamente a tal autoridad. Hacer esto, desataría polémica y cuestionaría la integridad del orador y no lo hace porque probablemente no lo escucha por la calidad de sus discursos sino porque tiene un lugar y status dentro de la sociedad y también porque existe la posibilidad de incluir al orador en su círculo de amigos.

El aprendizaje también tiene una utilidad pública en estos países. La educación está dirigida a jugar un papel básico en las aspiraciones individuales de poder. Las virtudes públicas no pueden encontrarse en espacios de meditación como son el monasterio de la capilla; no es el terrenal ascetismo del Protestantismo lo que permite el desarrollo de las virtudes que se necesitan. Además éstas sólo pueden ser adquiridas en un foro público. Lo que se aprende, en forma secularizada, son aquellas lecciones de conducta enseñadas por los escolásticos, por Maquiavelo, por Bolívar y por otras grandes personajes de esta tradición.

Estas virtudes pueden ser adquiridas a través de la práctica Aristotélica: el hábito es esencial Pero éste sólo se puede desarrollar a través de la educación, a través de inculcar los valores del hombre-público. Desde la Edad Media hasta épocas muy recientes, en las Universidades sólo se enseñaban profesiones como las Humanidades y Medicina. Esto es, los estudiantes aprendían algo que les podía ser útil y, claro, ésta utilidad estaba centrada no tanto en el contenido como en la disertación pública que se hiciera de ellas. La realidad es privada, leer un libro e investigar son actos privados, dependen de la iniciativa personal, y ¿quién puede entrarse de lo que uno ha aprendido privadamente? Es por ello que esos esfuerzos tienden a ser descuidados por el hombre-público. La recompensa por ellos tiende a ser más de tipo interno que público. Las actividades que socialmente pueden ser recompensadas constituyen el centro de la educación por años. Un novelista guatemalteco describe admirablemente la esencia de este ethos. Cuando uno de sus personajes afirma: "te matarás a ti mismo o te volverás loco con todos esos estudios!, te lo dije desde un principio, ¿qué no puedes entender que si quieres lograrlo lo

que necesitas es tacto y no tanto conocimiento?". [32] Los estudiantes, de estas sociedades, que han llegado a realizar estudios técnicos en los Estados Unidos, Inglaterra o Escandinavia, frecuentemente son vejados al regresar y encontrarse que personas con menos preparación son sus superiores. En Latinoamérica uno puede observar el uso de grados adquiridos en Norteamérica como una pretensión para alcanzar altos puestos dentro del medio; sin embargo, aquí opera un proceso muy sutil: uno tiene la sensación que tal pretensión se realiza al mismo nivel de la de otros que afirman sus derechos sobre la base de haber participado en alguna revuelta, o por haber estado exiliado por diez años. De alguna manera se considera un acto heroico haber estado entre los bárbaros del norte y sacar "ventaja" al obtener un grado. Tal ventaja, una vez que se regresa a la civilización, debe proporcionarle status social.

Así, la educación es buscada más asiduamente en Latinoamérica que en Estados Unidos porque los títulos, los grados, los diplomas allí han llegado a ser más útiles; ellos contribuyen a la presentación externa de uno mismo dándole la "apariencia" de un hombre culto. Simón Bolívar, vocero del ethos, fue, por ejemplo, insistente, en que "debería darse instrucción en modales, ritos y diferencia acordados por todos, tomando en cuenta su status." [33] Los títulos y grados universitarios ayudan a identificar y enaltecer el status; el hecho de que en algunos de estos países se le llame "doctor" a aquellos que han terminado el primer nivel de estudios universitarios, ejemplifica esta realidad.

La vivencia de su propio rango forma parte de la ostentación. Los hombres públicos deben vivir como tales: cualquier otro estilo de vida podría llegar a cuestionar su valor como individuo; tener en cuenta un criterio económico para el estilo de vida de uno, constituye una conducta no solamente indecente, sino también y más importante una confusión en la prioridad de los valores. Como Wagley señala "los líderes laborales y políticos deben llevar vidas lujosas y dispendiosas a la vista de sus electores; los latinoamericanos esperan que sus líderes vivan y se comporten dignamente como los caballeros de clases altas." [34] En los países con ética protestante, los mismos líderes también pueden llevar ese tipo de vida que signifique éxito económico, pero nunca se les permitirá que desempeñen el papel, los "aires", o el acento de un caballero si sus orígenes están en las capas bajas o medias de la sociedad, una fachada de "hombre nuevo" trae consigo desprecio y burla.

Finalmente, la fastuosidad indica proeza, habilidad y status superior, y aunque esto es evocativo de una élite, está abierto a todos. Al escribir sobre la Francia contemporánea, Jesse Pitts tomando en cuenta los comentarios de Stendhal citados anteriormente, dice: "las proezas pueden encontrarse en todos los niveles: la creación de una pieza de joyería por un artesano parisino, la cuidadosa destilación de un licor hecha por un campesino, el estoicismo de un civil frente a la tortura de la Gestapo, la nueva galantería de Marcel Proust en el Salón de Madame Guermites, son ejemplos todos ellos de proezas en la Francia moderna". [35] Este escritor acertadamente enfatiza la necesidad del autor de un acto, o trabajo especiales, para seducir al espectador; debe ganarse la aprobación para ser aceptado por los otros. Se da cuenta de que sus actos son aceptados en el momento que "el espectador reconoce el irresistible recurso tanto del hombre como de sus hazañas". [36] Tales gestos son cotidianamente realizados a todos los niveles sociales y económicos en las sociedades caudillistas.

Otra de las virtudes públicas es la generosidad. Para el capitalista la generosidad puede ser vista, muy fácilmente, como frivolidad, ya que corre el riesgo de disminuir el capital que tiene, prefiere, en todo caso, hacer donaciones que sean deducibles de impuestos. Sin embargo, para el Caudillo, la generosidad aumenta las amistades; en otras palabras, el edifica su capital invirtiendo en el futuro; esto es, racionalmente se asegura con lo que

el puede obtener deslumbrando al gastar su capital. "El dinero es para ser usado públicamente, para hacer un espectáculo". [37]

Al contrario de la vida inmersa en el ethos Protestante, la falta de generosidad puede no tener que ver con la templanza de si mismo. El hombre público no siente la obligación de renunciar al vino, las mujeres, a las fiestas por un objetivo económico. La abstinencia encuentra muy pocos seguidores en esta cultura; en el nivel de bienestar social, los caudillos parecieran tener poca necesidad de negarse algunos placeres de la vida para que otros pudiesen vivir mejor. La abstinencia a estos placeres es virtud particularmente característica del protestantismo original. [38] En contraste, un individuo de las sociedades caudillistas quiere intervenir activamente en la impartición de justicia "usando" la generosidad. La abstinencia es para él un arte privado el cual asocia con su religión. El ayuno o la abstinencia cuaresmal sólo incide en su salvación, pero el pago de impuestos, por ejemplo, es una manera forzada de abstenerse sin objetivos religiosos o familiares lo cual no tiene sentido para él, pues no le conduce a un resultado público positivo ya que los demás no se darán cuenta que es generoso si él honestamente (y en privado) paga sus impuestos.

En los países católicos uno encuentra enormes proyectos caritativos con muy pocos recursos, pero con el nombre del benefactor expuesto llamativamente en la fachada; uno encuentra el mismo fenómeno cuando se trata de la caridad privada, la benevolencia tiende a ser pública: Lowrey Nelson, escribe sobre la primera dama de Cuba dando regalos a los pobres en época de Navidad y comenta: "El problema no es que los regalos se les den a los pobres en Navidad -algo que se hace en casi todos los países- sino que se organiza un acto público para hacerlo". [39] Las donaciones anónimas a los dispensarios de los barrios o colonias, que son el soporte de la Iglesia, o las grandes contribuciones a la Cruz Roja, son muy raras en estas sociedades aún cuando ambas trabajan para la beneficencia pública. Por ejemplo, escribiendo sobre la Iglesia Católica de Quebec, Debarat señala: "La parte Inglesa apoya la cultura para las masas de una manera desproporcionada al número de seguidores que tiene en la ciudad; esto es difícil de pensar en una gran ciudad que tiene a todo lo ancho, instituciones culturales que viven del voluntariado y que está habitada fundamentalmente por franceses/canadienses, esta forma de filantropía es anglosajona". [40] Tradicionalmente se acostumbra que antes de morir se done a la Iglesia, a una escuela, o a una ciudad, una cantidad importante de la herencia, para construir una catedral o un gimnasio o una estatua; la razón de este acto es: 1) tiene el mérito de ser público y con ello se comparte una virtud que forma parte de este ethos, y 2) Puede ayudar a comprar la salvación del alma y además exaltar este tipo de ética. [41] Por supuesto, el pagar impuestos no serviría a este propósito.

La dignidad es, también, otra virtud en estas sociedades. Se vuelve racional para el hombre público preocuparse por su dignidad cuando uno toma en cuenta que el "rango" es sinónimo de dignidad. El preocuparse por su rango, ha sido siempre primordial para el hombre público. La dignidad ha llegado a ser considerada cómo una virtud heroica. Si el ocio envuelve la meta del caudillo, es un ocio construido sobre el logro de la dignidad. Esto esta fundamentado en la influencia Estoica Griega de Cicero quien preguntó "¿Cuáles son los objetivos que están antes de la riqueza?, son el ocio acompañado de la dignidad (cum dignitate otium)". [42] Uno debe de esforzarse en ascender en la escala social, porque la dignidad se alcanza más fácilmente estando en la cima. Artemio Cruz, protagonista de una muy conocida novela de Carlos Fuentes, despreciaba lo que llamaba "la mierda clase media", construida en modestas virtudes embarradas de dignidad: "sí", dijo, "déjenlos imaginarse que pertenecen al mundo en donde mi orgullo y mis decisiones no llegan, el mundo que aceptaría si yo fuera modesto y virtuoso: ese bajo mundo que yo conozco y del cual yo vengo. O aquí arriba, en donde ahora estoy; sólo aquí, les digo que

la dignidad es posible no estando abajo, entre envidias y pobreza y estando siempre parado en la cuerda floja". [43]

Para el hombre público, perder su dignidad significa ser destruido. El sacrificaría hasta su libertad con tal de no perder su dignidad; [44] tal vez el equivalente en las capitalistas sería el perder su fortuna. En ambos casos el sentido de autoestima se pone en riesgo porque en los círculos a los que ellos pertenecen se mostraría un grado de desaprobación. [45] Consecuentemente, en las sociedades caudillistas cada quien defenderá su dignidad aunque sienta que materialmente posea muy poco.

La dignidad está basada en la reciprocidad, siempre se debe estar dando y recibiendo; el que no da lo que le corresponde será despreciado y se le aislará.

Pienso que en los países católicos, se ha escrito mucho sobre la relación entre el "alma" y la "individualidad", como si la preservación de la dignidad dependiera de una fuente misteriosa y mística. [46] Pareciera que la dignidad es una especie de capital que uno no puede darse el lujo de gastar. Igual que el crédito que uno tiene en un banco, la dignidad asegura el flujo de seguidores. Franklin pidió al capitalista "recordar que el crédito es dinero". Tal vez el equivalente para el caudillo sería "recordar que la dignidad es tu aliado".

La dignidad está basada en una actitud frente a la vida totalmente racional; en su esencia, la dignidad requiere de una forma de ascetismo: se debe tener un autocontrol en la conducta hacia los demás para lograr el efecto que se desea; los turistas han fomentado la imagen de espontaneidad de las culturas caudillistas. Manuel Sánchez entendió muy bien esto: "Creciendo aquí, en nuestro medio, vemos las realidades de la vida tan de cerca que debemos aprender a controlarnos a nosotros mismos... he aprendido a esconder mi miedo y a enseñar sólo mi valentía porque por lo que he visto, a uno lo tratan como lo ven". [47] La dignidad debe preservarse siempre, porque ser "digno" constituye una forma rápida de descubrir la cara externa del hombre-público. Los turistas capitalistas, por ejemplo, perciben solamente los bailes y aplausos del hombre-público; en este ejemplos solo observarían una reñida competencia entre personas para lograr el reconocimiento de sus méritos individuales: "si esa muchacha fuera una buena bailarina, los de aquel grupo mandarían a otra para mostrarle lo que puede hacer, así habría un buen ambiente y todo mundo trataría de destacar". [48] Tal habilidad puede contribuir al éxito de alguien para adquirir y conservar una clientela. Ignacio Silone provee un excelente retrato del mérito individual en su novela "Fontamara": A don Circonstanza, le ha sido dado el título de "Amigo del Pueblo", sin embargo una vez que ha envejecido, cuenta el narrador, "Don Circonstanza nos engañó cientos de veces por supuesto, ¡pero lo hacía de una manera tan amistosa y cordial!, él saludaba de mano y a veces cuando se emborrachaba, incluso abrazaba a todos; nosotros lo perdonábamos porque en muchas ocasiones necesitábamos su protección". [49] En estas pocas palabras uno ve la esencia del poder de las relaciones caudillistas: la necesidad de los seguidores y el poder del líder cimentados juntos en la dignidad de este último.

Una palabra que resume y engloba todas las virtudes públicas es la "hombría": "La manera por la cual una persona sostiene su propia personalidad, la energía y tenacidad con la cual él consigue afirmarse frente a otros". [50] En las culturas caudillistas palabras como grandeza, generosidad, dignidad, tienen un sentido parcialmente reducido, si se les compara con el término hombría el cual tiene un significado tan profundo como ninguna de ellas. Esta es comparable a las virtudes capitalista ser ahorrador y excelente trabajador. La hombría provee una estructura en la cual el hombre puede competir, y es importante hacerlo ya que es fuente de crisis en las relaciones líder-seguidores. "Aquél que tiene autoridad debe poseer la hombría necesaria para asumirla sin humillar", destaca

un observador de España. [51] Los participantes en la prueba de la hombría, ambos, dominado y dominador, pueden sentirse cómodos. Cada uno en su respectivo rol.

Uno de los significados más específicos de la hombría es el poder físico; ya que la ética es pública, las cualidades físicas que reflejan una orientación pública son naturalmente valoradas y practicadas; son exaltadas esas virtudes físicas que esencialmente puede uno sólo ejecutar y que pueden ser observados por muchos; tal orientación puede verse en los deportes que se practican; los esfuerzos en equipo no interesan como virtud individual, de ahí la importancia del fútbol soccer en las culturas caudillistas; este deporte presupone la competencia de los equipos que permite la demostración al máximo del competidor individual en el campo de juego. En otras palabras, encuentra el prerrequisito del hombre-público en un foro público. Entre paréntesis, es interesante notar que la posición del "fútbol" de Brasil empieza a declinar después de 1962 cuando "en Europa, un nuevo concepto de "fútbol" "científico" empieza a dominar, basado en la defensa, entrenamiento y en la disciplina de equipo y no en la improvisación y en el brillo individual". [52]

## TEXTO

En encuentros menos formales, los eventos deportivos dan la oportunidad de retozo y camaradería que pueden permitir y consolidar la aglutinación de gente alrededor de uno. Estos comportamientos contrastan fuertemente con la feroz competencia que frecuentemente caracteriza los deportes en los países con ethos Protestante. Por ejemplo, la "Pequeña Liga de Baseball"; en su "El Canadá Francés en Transición", Hughes contrasta los estilos de jugar que existen en el Canadá Francés, Católico, y el Inglés, Protestante: una forma de ser bulliciosa en el primero y muy serio el segundo; en Cantonville, dice, existe "un amplio y profundo mar de diferencia entre las maneras del Francés y del Inglés... los tenistas del lado Inglés juegan profundo y dirigen muy duro, mientras que los del lado Francés juegan de una forma burlona, van de un lado a otro, son traperos, tratando de distraer y frecuentemente golpean; un comportamiento similar lo tienen cuando juegan golf; para ellos el juego y los deportes son siempre una ocasión para relacionarse socialmente, mientras que para los otros son negocios serios". [53]

Pero ningún deporte podría demostrar la naturaleza del hombre-público, sus objetivos y el significado de los mismos como las corridas de toros, que además es el deporte nacional de muchas de las culturas caudillistas. Aquí, como en ningún otro deporte, uno expone públicamente su vida apostando a ganar el aplauso de sus seguidores; su excelencia lo llevará al triunfo o su ineptitud al fracaso, pero cualquiera que sea el caso, el derramamiento de sangre recuerda dramáticamente que el torero está jugándose la vida y demostrando a la multitud, también espectacularmente, que espera ganar". [54] A diferencia de los países capitalista, las corridas de toros no giran exclusivamente alrededor de las finanzas, sino que expresan en sí mismas un acto central de vida". [55]

Como forma de tipo ideal, estas acciones varoniles frecuentemente tienen connotaciones militares como las que en el pasado eran exhibidas por los jefes de los ejércitos. José Martí describió al famoso caudillo venezolano José Antonio Páez, de esta manera: "Cuando él era sólo un sargento, el enemigo victorioso en 1813, lo quería como capitán de caballería porque ¿no fue él quien tiró treinta jinetes en un encuentro?; ¿no fue él, el "viejo", el "jefe" de la tropa a quienes deslumbró con su bravura, sagacidad y su fuerza?; no fue él que podía ver a una legua de distancia, matar un javalí salvaje con una sola flecha, dominar a un potro salvaje con una sola mirada y tirar un toro con sólo retorcerle la cola?. [56] Esta es una de las facetas del ethos de la sociedad caudillista en la cual "lo único que se valora es la valentía, la fuerza personal y la capacidad para imponerse a los otros". [57]

Trasladándonos desde las planicies sudamericanas del siglo diecinueve, uno puede oír al Che Guevara alabar las cualidades de un caudillo contemporáneo: "Fidel es un hombre de tan grandes cualidades personales, que en cualquier movimiento que participa toma el mando... tiene las cualidades de un gran líder, que sumadas a su audacia, fuerza, coraje e incansable perseverancia para descubrir lo que la gente quiere, lo han llevado al lugar de honor y de sacrificio personal en el que hoy se encuentra. El tiene otras cualidades importantes: una capacidad para asimilar rápidamente el conocimiento y la experiencia, para entender la totalidad de una situación determinada sin perder de vista los detalles una fe sin límite en el porvenir, una amplitud de visión que le permite ver más allá y con más detalle hacia el futuro que al resto de sus camaradas". [58]

Ahora bien, la valentía lleva implícita una connotación de virilidad. Vale la pena hacer notar que en latín "virtud" significa virilidad. La virtud vista como valentía, históricamente ha tenido implicaciones de virilidad; Cicerón, ese autor favorito del hombre-público, estableció esta teoría en toda su simplicidad: "Todo lo que se haga con espíritu vigoroso y viril, es propio y digno de un verdadero hombre; cualquier acto caracterizado en el espíritu opuesto es dañino e impropio". [59]

Resumiendo lo hasta aquí expuesto, he venido sosteniendo que la práctica de virtudes como el machismo, personalismo, hombría, cualquiera que sea la palabra que se elija, constituye una actividad totalmente racional para el hombre-público. [60] Ahora bien, quizá es importante hacer notar cual es la conducta de los hombres cuando las virtudes públicas fallan y no se alcanzan los objetivos de poder que con su práctica se persiguen. El estudio de Emilie Durkheim sobre el suicidio, permite interpretar algunas de las consecuencias de dichas fallas y además añade otra dimensión a la dicotomía sociedades caudillistas-capitalismo. Fue Durkheim quien señaló que "el catolicismo reduce la tendencia al suicidio mientras que el protestantismo lo incrementa... inversamente, los homicidios son mucho más frecuentes entre los católicos que en los protestantes". [61] El capitalista con sus virtudes privadas orientadas internamente resuelve sus crisis de la misma manera en la que ha vivido; esto es, se mira a sí mismo para consumir su "pacto final", el último acto de un hombre que se hizo a sí mismo.

En contraste, el caudillo vive para y por las virtudes públicas y, si es necesario, preferirá morir por esas virtudes. El fracaso para alcanzar el éxito, lo llevará fácilmente a cometer homicidio (para "conquistar" a su oponente, cualesquiera que sean las consecuencias). [62] En este sentido, el homicidio es una forma de suicidio público ya que el que mata asume el costo de la condena. No sólo los remordimientos o las recriminaciones privadas suficientes para encubrir ante sí mismo su acción, sólo la vergüenza pública puede dar lugar a reflexiones posteriores sobre su comportamiento. [63] Así, el último acto libre de uno, se convierte en un acto de poder sobre otros; y si decide suicidarse, de seguro lo hará para que sea exhibido públicamente. Getulio Vargas, por ejemplo, se suicidó siendo Presidente de Brasil y en su última nota se compara a sí mismo con otro Salvador: "Mi sacrificio estará siempre presente en su alma y mi sangre será el precio de su redención". [64]

Las observaciones sobre las sociedades caudillistas pueden extenderse aún más, pero para llegar a una comprensión más completa de este fenómeno dirigiré mi estudio al análisis de la causalidad. Uno podría preguntarse: ¿qué es lo que podría contribuir a la existencia de un espíritu caudillista en áreas geográficas como las de América Latina, España, Portugal, Irlanda, Polonia, Austria, Francia, Italia, Rumania, Hungría y la parte Francesa del Canadá? El factor más obvio que unifica a estas tierras, son las similitudes en su perspectiva religiosa y en sus tradiciones. Culturalmente son casi monóticamente católicos; ninguno fue influido esencialmente por la Reforma y todos se sometieron a la

Contrarreforma. A pesar de la expansión del Protestantismo en épocas recientes, continúan como sociedades católicas; es aquí a donde dirigiré el análisis para una explicación plausible del espíritu del Caudillismo.

CITAS:

[\*] (1977) The University of Massachusetts Press.

[\*\*] Profesora-Investigadora del Departamento de Sociología, UAM-A. Quiero expresar mi agradecimiento al Dr. Miguel Basáñez quien generosamente me obsequió una copia de este tan sugerente texto. C.L.

[1] Luther Martin (1961). "The Freedom of a Christian" in John, Dillenberger, ed., Garden City, N. Y.

[2] Thorstein Veblen (1918) The Theory of the Leisure Class, B.W. Huesbsch, N.Y.

[3] Weber Max (1958) The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism, Scribner, N.Y., pp. 157-58.

[4] Machiavelli Niccolo, (1960) Il príncipe e discorsi, Giancomo Teltrinelli Editore. Milan, p. 22.

[5] Brandes, George (1903) Study of the Land, people, and Literature, William Heinemann, London.

[6] Willems Emilio, (1968) "Culture change and the Rise of Protestantism in Brasil and Chile in S.N. Eisenstadt, ed., The Protestant Ethic and Modernization, New York: Basic Books.

[7] Icaza, Jorge (1964) Huasipingo, Carbonandalle, Ill.: Southern Illinois University Press. p. 64.

[8] Rodríguez José Honorio, (1967) The Brazilian: Their character and Aspirations. Trans Talph. Dimick, Austin: University of Texas Press. pp. 56-57.

[9] Theobald, Robert, (1960) The Rich and The Poor C.N. Porter New York, p. 31.

[10] Rodó, José Enrique (1966) Ariel, Kapelusg, Buenos Aires, p. 39.

[11] Arena Domingo (1967) Batlle y los problemas sociales en Uruguay, Montevideo pp. 109-10.

[12] Levin Irving R. (1963) Main Street Italy, Doubleday, N.Y. p. 21.

[13] Nelson Lowry (1950) The social class structure, materiales para el estudio de la clase media en la América Latina, Pan American Union, Washington, D.C., 254.

[14] Fraser Tonal (1973) from a conversation recorded in: The pueblo: A Mountain Village on the Costa del Sol. Allen Lane, London, p. 205.

[15] Johnson John J. (1964) The military and society in Latin American. Stanford University Press. Stanford pp. 76-77.

- [16] Bargini, Luigi (1965), *The Italians*. Bentam Books, New York, pp. 118-19.
- [17] Machiavelli (1960), p. 64.
- [18] Connery Donald (1968), *The Irish*, Simon & Schuster, New York, pp. 44.
- [19] Mahan, Alexander J. (1928) *Vienna of Yesterday and Today*. *The Vienna Times*, p. 234.
- [20] De assis Machado (1966) *The Psychiatrist and other stories*, trans. Grossman and Caldwell, Berkeley: University of California Press., p. 118.
- [21] Robertson (1968) p. 134.
- [22] Barzini (1965), p. 141.
- [23] Azuela, Mariano (1966) *Los de abajo*, chap. 10, signet, New York, p. 69.
- [24] Maxwell Savin (1960) *The Ten Pains of Death*; E. P. Dutton, New York, p. 122.
- [25] Stendhal Marie Henrie Beyle (1946) *Shorter Novels of Stendhal*, Liveright N.Y. p. 12.
- [26] Levine (1963) p. 350
- [27] Tillot Thomas R. (1961) *Social factor in Economic Development; The Argentine case*, Cambridge: M.I.T. Press, p. 18.
- [28] Lipset Seymour (1967) *Values, Education and Entrepreneurship*, Oxford university Press, N.Y. p. 22.
- [30] Maxwell (1960), p. 184.
- [32] Asturias Miguel Angel, (1975) *El señor Presidente* Atheneum, New York.
- [33] Bolivar Simón (1951) *Selected Writings of Bolivar*, Colonial Press, New York, p. 310.
- [34] Wagley John (1964) *Latin American Tradition*. Preager New York, p. 54.
- [35] Pitt Rivers J. A. (1961) *The People of the sierra* University of Chicago Press. Chicago 111, p. 242.
- [36] Pitt (1961)
- [37] Caballeros p. 324.
- [38] West Morris L. (1957) *Children of the Shadows*, W. Morrow ed. N.Y. p. 46.
- [39] Smith Roberth F. (1966) *"The Social Class Structure*, Knopf N.Y.
- [40] Desborats Peter (1965) *State of Quebec*, Mc.Clelland 8: Stewart p. 109.
- [41] Díaz-Plaza, Fernando (1966) *El español y los siete pecados capitales*, Alianza Editorial, Madrid, p. 20.

- [42] Barker Ernest (1956) *From Pro Sestio Oratio*, reprinted in *From Alexander to Constantine*, Oxford University Press, London, p. 203.
- [43] Fuentes Carlos (1964) *The Death of Artemio Cruz*, Moonday N.Y., p. 113.
- [44] Barager Paul (1968) *When Peron came to Power*, Knopf, N.Y., p. 207 y 213.
- [45] *Latin American Digest* (1960) No. 4, 2, november.
- [46] Mackay John Q. (1932) *The Other Spanish Christ: A study in the spiritual History of Spain and South America*, Macmillan, N.Y. pp. 507-8.
- [47] Lewis, Oscar (1961) *The Children of Sánchez*, Vintage Books, N.Y., p. 38.
- [48] Lewis, Oscar (1961) p. 126.
- [49] Silone Ignazio (1934) *Fontamara*, Harrison Smith & Robert Hass, N.Y. p. 227.
- [50] Lison-Tolosona (1963) p. 326.
- [51] Pett Rivers (1961) p. 157.
- [52] Sanders Thomas G. (1968) *The social Functions of Fútbol*, American Universities Field Staff Reports, East Coast, (South America Series), 14, No. 2:2.
- [53] Hughes Horace (1963) *French Canadian in Transition*. University of Chicago Press, p. 166.
- [54] Williamson Rene (1949) *Culture and Policy: The United States and the Spanish world*, University of Tennessee Press. p. 36.
- [55] Williamson (1949) p. 37.
- [56] Martí José (1968) *The American of Jose Martí* trans. Juan de Unis. Minerva Press, N.Y. p. 169.
- [57] Paz Octavio (1961) *The Labyrinth of Solitude* Grove Press N.Y. p. 79.
- [58] Guevara Ernesto (1968) *Venceremos!* ed. John Gerassi, N.Y. p. 132.
- [59] Cicero Marcus Tullius, (1950) Trans Herbert Potealt, University of Chicago Press, Chicago, p. 499.
- [60] Stevens Evelyn P. (1968) *Mexican Machism: Political and Value Orientations in Latin American Panorama*, Me Nicoll eds., pp. 401-2.
- [61] Durkheim Emile (1951) *Suicide* Free Press, N.Y. p. 353.
- [62] Bermúdez Ma. Elvira (1955) *La vida familiar del mexicano*, Antigua Librería Robledo, México pp. 88-90.
- [63] Nelson Cynthia (1971) *The Waiting Village: Social change in Rural México*, Little Brown, Boston Mass, p. 20.

[64] Szulc Tad (1959) *Twilight of the Tyrants*, Henry Holt, N.Y. p. 97.